

## EJEMPLO EN SU VIDA, SÍMBOLO EN SU MUERTE

POR JAIME LAMO DE ESPINOSA



«Se nos ha muerto el padre político de la Transición, la democracia y la Constitución Española. Ahora debemos demostrar que somos capaces de volver a transitar otros caminos, otras sendas tal vez, pero bajo su ejemplo. Ojalá la muerte de Adolfo Suárez, del presidente, sea el símbolo sobre el que construir los años futuros»

Adolfo Suárez ha muerto y con él se nos ha ido a muchos un colosal amigo y un gran referente político. Para mí fue siempre un gran amigo, sin duda, pero fue mucho más que un político, fue un gran estadista. Y un estadista que, a diferencia de muchos otros del siglo XX, luchó por la unión entre los españoles, por la concordia, por la reconciliación, por el fin del guerracivilismo.

Es por eso que nadie hallará nunca en las hemerotecas una sola palabra suya contra otros, no había jamás amargura en sus frases, nunca agredió verbalmente a los que le ofendieron de un modo u otro, no se recuerda en él una expresión de rencor o semejante frente a sus adversarios... Fue siempre un hombre lleno de bondad, de enorme corazón, de generosidad sin par, un excepcional hombre de bien.

Tuvo un coraje político sin igual y lo demostró afrontando retos políticos nunca vistos ni resueltos antes. Hizo en un tiempo récord la llamada Transición española que el Rey le había encargado. Y la hizo desde la lealtad a todos, los suyos y los adversarios políticos, todos. Cuando lleva a las Cortes la ley para la reforma política -que allí defiende con singular eficacia Fernando Suárez- la somete a votación ante medio millar de procuradores en Cortes, que votan la ley de Suárez con un 85 por ciento favorable y bien pocos votos en contra. Tienen libertad plena para votar pero

comprenden que es preciso abrir España a un nuevo camino interior, la democracia, y exterior bajo la Corona. Es el llamado harakiri de aquellas Cortes. De ahí esa imagen televisiva de un Suárez que cierra los ojos con serenidad y satisfacción ante el resultado.

Más tarde vendrían los Pactos de la Moncloa que, en unión de todas las fuerzas parlamentarias, salvarán muchos escollos y problemas económicos e institucionales. Y luego, la Constitución de 1978 tras un asombroso referéndum. Y el primer Gobierno constitucional que, a mi juicio, significa el fin de la Transición y el comienzo de la gestión, difícil sí, pero gestión administrativa. Y el principio del nuevo orden autonómico no siempre bien desarrollado posteriormente. Y todo ello, en medio del acuerdo, el consenso, la concordia y la reconciliación entre españoles.



Adolfo disfrutó siempre del apoyo constante de Su Majestad el Rey, fueron cómplices mucho tiempo, si se me permite, y también contó con la ayuda inestimable, hasta el final, de otro de sus grandes amigos, Fernando Abril. Pero llega un momento en que muchas circunstancias políticas, personales, partidarias, etcétera, muchas, no una sola, que Adolfo me cuenta personalmente la mañana de fin de enero de 1981 que le acompañé a la Zarzuela a presentar su

### Nobel de la Paz

«Me atrevo a sugerir que Suárez merece que todos los partidos y fuerzas sociales propongan su nombre para el Nobel de la paz»

dimisión ante el Rey, le llevan a su renuncia definitiva, sin vuelta atrás. Dimisión que acentúa en su discurso, «nadie me la ha pedido» y así se lo confirma a Sabino Fernández Campo cuando ambos entramos en su despacho.

Fue Suárez además un hombre con un extraordinario arrojo y un alto sentido de la dignidad del Estado que mostró muy en especial el 23F. «La libertad Sancho es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos...». Este es un texto sagrado de nuestra Biblia nacional, en feliz expresión del genial bilbaíno que fue don Miguel de Unamuno. El caballero andante se rige por el honor y por la dignidad. Pues bien, Adolfo se movió por motivos de honor. Y cuando tuvo que elegir entre la libertad o la vida, eligió la libertad. Esa tarde Suárez dignificó al Estado y a la Nación y salvó el honor de todos.

Pero si su paso por la política fue digna de toda loa, aún más lo fue su comportamiento humano frente al dolor, la enfermedad y la muerte de su mujer, Amparo, primero y de su hija Mariam, más tarde. A su mujer, en sus años de sufrimiento compartido, le construía futuros imaginables aún a sabiendas de la imposibilidad de su realización. Desde que se inició su enfermedad no se movió de su lado, no se separó de ella un minuto. Fue su sombra constante. Y su figura personal se agrandaba a medida que dejaba todo de lado en favor de su mujer y su hija. Un ejemplo, otro más, excepcional, de su bondad y su bien hacer.

Sí, Suárez fue un ejemplo en su vida, política y humana. Pero hoy deberíamos tenerlo por un símbolo de futuro, deberíamos tomarlo como la base de un nuevo regeneracionismo político, basado en todo aquello que él tanto practicó: la ética personal y política, una honradez a prueba de todo, un interés por los ciudadanos, su país, la Nación y España por encima de cualquier otra cosa y, desde luego, más allá de partidismos, incluso los propios.

Él basó su acción política en la concordia y la reconciliación. Antepuso a los fines y destinos comunes los ideales partidarios o diferenciadores. Me atrevo a sugerir que Suárez merece que todos los partidos y fuerzas sociales propongan su nombre para el Premio Nobel de la Paz. Nadie lo merece como él.

Se nos ha muerto el padre político de la Transición, la democracia y la Constitución Española. Ahora debemos demostrar que somos capaces de volver a transitar otros caminos, otras sendas tal vez, pero bajo su ejemplo. Ojalá la muerte de Adolfo Suárez, del presidente, sea el símbolo sobre el que construir los años futuros.

JAIME LAMO DE ESPINOSA  
FUE MINISTRO EN VARIOS GOBIERNOS  
DE ADOLFO SUÁREZ